

## **PREFACIO**

Informe, que en cumplimiento de su misión, eleva el jefe que suscribe, deducido de las observaciones directas hechas por el mismo, sobre el funcionamiento del organismo militar, desde la iniciación de la subversión fascista.

Atento a que este informe, sea una fiel y exacta exposición de hechos el informante, ha procurado, en todo momento, presentar la verdad en toda su desnudez para que, obrando sobre ella, pueda la superioridad formar cabal juicio sobre los hechos que se relatan, y poner el remedio que estime oportuno, a los errores y defectos que de este escrito se deduzcan.

Para mayor claridad y justeza, vamos a agrupar los hechos por capítulos, según sus afinidades y congruencias.

### **I. ORGANIZACION DE UNIDADES**

Desde el primer momento se pudo apreciar que por falta de un plan orgánico meditado y ordenado, se iba a crear una situación gravísima para el régimen, y la experiencia ha comprobado dolorosamente que aquellos presagios no estaban descaminados, encontrándonos, a los cuatro meses de lucha, sin que la masa combatiente esté encuadrada en las debidas y precisas condiciones orgánicas para afrontar la dura pelea a que se encuentra sometida.

Se debieron y pudieron utilizar los esqueletos de las unidades del Ejército que permanecieron a nuestro lado, para sobre ellas, desdoblándolas y multiplicándolas, encuadrar, tanto los reemplazos que sucesivamente se fueran llamando, como las masas de combatientes que voluntaria y ardorosamente acudieron a defender las libertades públicas. De este modo hubiera sido posible dar a ese conjunto una homogeneidad y consistencia derivada de la precisa disciplina que hubiese transformado las revueltas y confusas agrupaciones de individuos, sin valor combativo, en unidades compactas de indiscutible eficiencia bélica; y con ello se hubieran evitado, seguramente, tantos y tantos espectáculos bochornosos como hemos venido presenciando.

Secuela de esa falta de organización fue la creación de grupos y grupitos heterogéneos, sin nexo ninguno entre sí, formados al calor del entusiasmo de unos cuantos, o a impulsos del egoísmo y ambición de algún presunto condottieri, con realidades de intrigante.

Esta desorganización funesta y nefasta se ha mostrado igualmente en el desarrollo de las concentraciones de los reemplazos llamados a filas y así se han visto las escenas desmoralizadoras de amontonarse soldados y más soldados en cuarteles, cuya cabida máxima sólo era para la mitad o la tercera parte del personal en ellos aglomerado, y, como consecuencia del abandono y desbarajuste reinante, esos servidores del régimen, que habían acudido solícitos y entusiastas a luchar por la libertad y la democracia, al verse desatendidos, rotos, sin comida, sin lecho, sin ropas y sin armas y sin nadie que les prestara atención y cuidados, para encuadrarlos y organizarlos, acababan, deprimidos y deshechos en sus ansias espirituales, por irse muchos de ellos a sus casas, o sumergirse otros en la desilusión, la desesperanza y el apocamiento que hacía de ellos elementos poco menos que inútiles para la guerra.

Todo esto pudo evitarse fácilmente, procurándose con tiempo los locales precisos para alojamiento, y designando los mandos orgánicos indispensables para recibir y encuadrar esos contingentes, como igualmente pudo evitarse que fuerzas expedicionarias, a quienes se concentraba en Madrid, con tal despreocupación que a su llegada a la capital, a altas horas de la noche, se encontraran hambrientos, molidos del viaje, en medio de un paseo público, sin hallar en donde reposar y cobijarse de las inclemencias del ambiente.

Las duras lecciones de la realidad están haciendo ver a muchos ofuscados que para combatir con provecho a un enemigo marcialmente organizado, es de imprescindible necesidad adoptar, al igual que él, formas y hormas militares; y así, hoy, tanto el poder central como los regionales, aun los más enemigos de las instituciones armadas, han tenido que apelar al remedio vital de organizarse militarmente, por temor a una segura debacle.

Ante esta certidumbre, que para los profesionales del Ejército debía ser siempre axiomática, es injustificable el que, desde el principio de la lucha, no se implantase

entre los combatientes la más elemental organización, ya adaptándose la regimental o la de batallones sueltos, agrupados unos u otros en las brigadas, columnas o sectores de guerra necesarios, con sus mandos propios, fijos y eficientes, formando un conjunto homogéneo y compacto.

De este modo, adoptando esa organización militar, única posible para luchar, tanto en las unidades superiores a batallón como en las inferiores a él (compañía, sección y pelotones, y sus unidades similares en las demás armas y cuerpos), y habiéndose señalado unas plantillas para el personal, hubiera sido factible acabar con la situación caótica que ha imperado, y que tantas derrotas nos ha costado.

Con estas básicas medidas se hubiera logrado tener mando fijo, civiles o militares, para las unidades, con lo cual se consigue establecer una mutua confianza y conocimiento, entre el mandado y el que manda, lo que por el influjo moral que ejerce en los combatientes es un factor inapreciable para el triunfo. Al mismo tiempo, se hubiesen responsabilizado, al darles fijeza, los mandos de cuerpos y unidades, y no se hubiera dado el espectáculo, tan corriente, de que la generalidad de los jefes de cuerpo, al salir fraccionadas sus fuerzas para columnas diversas, se han desentendido por completo de ellas, abandonándolas moral y materialmente, hasta extremos duramente censurables.

Igualmente, como las columnas, por un proceder inexplicable de sus organizadores, han sido un verdadero mosaico de pequeñas unidades, en confusa amalgama sin que entre las fuerzas y los mandos hubiese una relación fija de continuidad ni penetración moral de ninguna clase, ha faltado casi siempre el interés que en los mandos naturales se engendra hacia sus inferiores orgánicos, y ese espíritu de emulación, entre las unidades que tantos beneficios rinde para la lucha.

Este desbarajuste inexplicable y doloroso se ha extendido por igual a todos los órganos, unidades, cuerpos y armas del ámbito nacional.

Ahora, reconocido el error, se ha querido poner el único remedio posible, con la organización de las brigadas mixtas, y decimos que se ha querido, porque, según la realidad nos viene enseñando estos días, el desorden tiende a continuar, pues se

siguen lanzando a la lucha unas brigadas sin completar su organización, sin la debida homogeneidad en su composición, con los mismos defectos antes apuntados sobre mandos y composición de las unidades inferiores, y lo que es peor aún, raquítica y pésimamente dotadas de armamento y material, fraccionándolas en los distintos sectores, sustraídas, por tanto a sus mandos naturales.

Por otra parte, no parece necesaria la profusa creación que de brigadas y unidades se está haciendo para adolecer de los mismos defectos que denunciarnos, máximo cuando la abundancia personal del enemigo no lo requiere y sí en cambio sería seguramente más conveniente y ventajoso reducir el número de ellas a lo estrictamente preciso, pero dotándolas hasta la superación, si es posible, de material bélico de todas clases y órdenes.

Como complemento debería asignarse a cada brigada, en la retaguardia, una plaza para movilización, instrucción y concentración del personal y material necesarios para la constante renovación de bajas que tuviese la unidad por todos conceptos.

Con estas medidas y soluciones, dando la requerida rectificación a las deficiencias anteriormente apuntadas, infiltrando a las fuerzas regulares e irregulares, el insustituible espíritu combativo, y procurando que las columnas formadas o en formación se impregnen de una movilidad y actividad coordinada, que hasta hoy no han ofrecido, tendríamos indiscutiblemente asegurada la victoria.

## **II. MANDOS EN GENERAL**

Se ha echado mano frecuentemente de la carencia de mandos, para justificar, con esta excusa, lo que en el fondo no es más que el producto de la desorganización reinante; y si bien es verdad que no hemos estado ni estamos aún muy sobrados de ellos, no es menos cierto que su escasez no ha llegado ni llega al extremo, a que, quizá interesadamente, se ha querido llevar esa carencia.

Esta afirmación, rotunda y terminante, puede hacerla el que informa, por el pleno conocimiento que del asunto tiene como creador y organizador de la Unión Militar Republicana Antifascista, y como jefe del Gabinete de Información y Control, cuya

doble función le ha permitido conocer, en todo momento, la proporción cuantitativa de los mandos disponibles en todas las categorías.

Se pudo contar, desde el principio de la subversión, con un nutrido plantel de clases de tropa, capacitadas plenamente para el mando de unidades inferiores, hasta compañías inclusive, unas de ellas cabos con siete u ocho años de empleo, otras sargentos y brigadas con esa misma antigüedad y 15 ó 20 de servicio, y otras oficiales subalternos con parecido tiempo en su empleo.

Únanse a éstos los varios centenares de clases y oficiales retirados, reingresados desde los primeros instantes de la lucha; y además, por si era poco, agréguese el crecido número de los elementos civiles, que al frente de las milicias han demostrado poseer excelentes condiciones para el mando de las unidades que les han sido confiadas.

Para solucionar el problema de la falta de oficiales, en las categorías inferiores, se dispuso el ascenso automático de cuantos de ellos y de clases se han mostrado leales al régimen o le han sido simplemente fieles.

Con esta medida se ha conseguido formar un bloque de oficiales y suboficiales que unidos a los reingresados y milicianos, podrán ser suficientes para atender al mando de las unidades inferiores (compañía inclusive), utilizándolos, si ello es preciso, en plazas de categorías superiores, con lo cual se cubriría la falta de capitanes y subalternos, que en efecto y realmente hay.

Como racional solución a la escasez de oficiales de esos dos empleos, podría acordarse y disponerse, como ya hace dos meses se propuso por este gabinete, la supresión de las categorías de alférez y brigada, que no tienen función ninguna propia en el Ejército, y con ello, y haciendo una corrida de escalas, entre todos los elementos bien controlados políticamente, se cubrirían esas deficiencias de capitanes y tenientes; al mismo tiempo se podrían hacer unas convocatorias entre elementos civiles, con determinados estudios académicos, enrolados o controlados por las organizaciones políticas o sindicales de izquierdas, los cuales, mediante unos cursos abreviados (dos o tres meses de momento), se les podría promover al empleo de tenientes del Ejército.

Con las anteriores medidas, y con la incorporación a las escalas activas, ya dispuesta, de los oficiales y clases de las milicias, se tendría un plantel de personal, en todos los empleos, suficiente, innegable e indiscutiblemente, para constituir los cuadros de mando del futuro Ejército Popular.

He dejado, a propósito, el tratar de los jefes, porque de éstos no existió ni existe problema alguno, pues con los existentes hubo y hay sobrante y exceso para todas las atenciones que las unidades hoy organizadas requieren, y aún para varias más que organizarse puedan.

Si esto es así, no halla, al parecer, explicación posible, la ausencia o falta completa de mandos superiores e inferiores en muchas unidades, pero si penetramos en el fondo del asunto, y se manejan los datos que este gabinete de control interviene en su función, se verá y comprobará fácilmente, que el mal que se denuncia, reside, anida, en la misma desorganización de que nos ocupábamos en el artículo anterior.

En efecto, el desbarajuste orgánico reinante, la falta de encuadramiento de las unidades, la carencia absoluta de plantillas, la falta de celo de los jefes de cuerpos y columnas, y el egoísmo de muchos, ha permitido y permite el que ocurran esas anomalías de que nos ocupamos.

Males son estos que venimos denunciando, desde los primeros días del Movimiento, en todas partes y hasta en todos los tonos, pero el mal no ha encontrado remedio. Insistentemente hemos pedido que se hiciera una nivelación de los mandos en general, para poner coto a los múltiples abusos existentes, pues no es posible transigir con la situación caótica imperante, que permitía, y aún permite, que haya una batería mandada por cuatro oficiales, ocho brigadas, y catorce sargentos, mientras otra sólo cuenta con un sargento por todo mando; que exista igualmente un comandante con tres brigadas y cinco sargentos, mandando dos ametralladoras (inútiles para más sarcasmo); que asimismo asciendan en Seguridad más de 40 capitanes a comandantes, y que éstos continúen en su nuevo empleo ejerciendo los mismos cargos que en su anterior, o bien se distraigan jefes y oficiales de armas especiales. Tampoco es admisible que, acudiendo a las complacencias facultativas; o a la falta de celo e interés de los jefes de columnas, haya una multitud de mandos que

abandonen sus puestos al frente de los combatientes, y se amontonan tranquilamente en las poblaciones, llenando cafés, bares, etc., o reclusándose cautamente en sus casas.

No es admisible, igualmente, la profusión de personal en destinos burocráticos o de retaguardia, buscando con ello el eludir los peligros de los frentes, como tampoco se puede condescender con el desmedido afán de muchos jefes de unidades superiores por tener y retener bajo su dirección más oficiales y clases de las que las necesidades requieren; mal muy extendido sobre todo entre las milicias, en las que, además de sus mandos políticos propios, anidan una porción excesiva de mandos técnicos ; unos requeridos por los jefes de aquéllas y otros encuadrados voluntariamente en ellas.

Otra muestra de ese mismo afán de los jefes de cuerpo, la tenemos en lo que viene ocurriendo con algunas unidades militares y milicianos de lejana retaguardia; (Mahón, Cartagena, Almería, etc.), que a todo trance sostienen el empeño de mantener al completo sus plantillas ordinarias de mandos, en todas las categorías, como si las necesidades de esas unidades fueran más atendibles que las de aquellos que sostienen las luchas en los distintos frentes.

Muchos casos comprobatorios de cuanto venimos diciendo podríamos citar, pero algunos repugnan a nuestra conciencia, y únicamente citaremos como muestra el que se nos denuncia en el día de ayer, por un capitán, al mando de fuerzas en la sierra, el cual reclamaba el envío de algún otro oficial, y al preguntarle por los demás compañeros, respondía diciendo que habían salido de esta plaza 15 ó 17 de ellos con esa unidad que él manda hoy, pero excepto uno, que había bajado enfermo o herido, los demás habían ido desapareciendo sin saber cómo, regresando, sin duda, a Madrid.

Todo esto, unido al desorden habido en la destinación de los mandos, hemos de decirlo crudamente, ha traído la situación caótica a que en este sentido hemos llegado, y de la cual es prueba la presentación frecuente de este gabinete de información y control, de jefes, oficiales y clases, llenos de entusiasmo, que acuden para que se les coloque, y que no lo han sido, no obstante haberse hecho la propuesta por este gabinete a la oficina correspondiente del Estado Mayor, en relaciones y fechas bastantes anteriores; y sí en cambio esa oficina demandaba constantemente oficiales

para ser destinados, cuando, como decimos, se olvidaba de dar colocación a los que ya se le habían propuesto.

Decíamos al principio de este capítulo, que quizá interesadamente se ha querido exagerar la carencia de mandos para sobre ella especular con fines posiblemente no muy limpios y bien intencionados; y en efecto, algunas extrañas disposiciones que han girado alrededor de este problema, hacen sospechar que tal intención puede haber existido.

No hay explicación recta posible que justifique el inmoderado y reiterado afán mostrado por algunas oficinas y personas del ministerio, en colocar al frente de fuerzas o en puestos de responsabilidad a mandos de todas categorías que estaban clasificados por el control como enemigos del régimen.

Grande y enconada ha sido la lucha que este gabinete ha venido y aún viene sosteniendo con aquellas oficinas y personalidades para evitar los peligros gravísimos que contra la República pueden derivarse y desgraciadamente se han derivado del empleo de esos mandos, que no sienten el momento político por el que nuestra nación atraviesa; y no lo sienten ni pueden sentirlo porque su conformación espiritual no responde a la aspiración unánime del pueblo.

Se ha querido vanamente justificar el empleo de esos mandos indeseables, apoyándose en la carencia de ellos y en el tecnicismo de que los tales estaban dotados. Pues bien, dejando a un lado ese fetiche del tecnicismo de ciertos señores, sobre cuya ingravidez, sólo nosotros los militares podemos hablar por propio y común conocimiento, es lo cierto que no han bastado, para hacer desistir de su descabellado empeño de utilizar esos mandos desafectos, a los obstinados en colocarlos, los innumerables ejemplos de traiciones diarias y constantes, de consecuencias trágicas a veces, que tales mandos nos han venido y vienen ofreciendo en todos los frentes de la guerra.

Mucho podríamos hablar sobre estas numerosas deslealtades, cuya responsabilidad habría que buscar en los que, por lo menos procediendo con ligereza, utilizaron a



esos mandos, a espaldas del control, en puestos y misiones que jamás les debieron ser confiados.

Esto que acabamos de exponer hará ver fácilmente el encono levantado contra este Gabinete de Información y Control, que tenazmente viene luchando para impedir tales desaguizados, y otros de más bulto aún, y ello explica el que a todo trance, y por un movimiento envolvente, se le quisiera hacer desaparecer, para, desembarazados de este obstáculo, poder sin duda obrar libremente, en contra o en favor del régimen.

Otra faceta de esta misma y seguramente mal intencionada maniobra, la tenemos en la disposición para el reclutamiento de la oficialidad, afortunadamente anulada, por la que se trataba de incorporar al ejército, con quince días de estancia en una academia, a una numerosa masa del señoritismo español, eterno enemigo de toda democracia, posponiendo en cambio a los suboficiales profesionales, de lealtad probada, con crecidos años de servicios y empleo, como antes hemos visto.

Y para no ser más latos, silenciamos otras disposiciones extrañas, anómalas y perturbadoras, que juntamente con actuaciones personales, prueban hasta la saciedad, que las anteriores afirmaciones, son seguramente fiel expresión de una amarga realidad.

### **III. SERVICIOS**

En general, todos los servicios, tanto sanitarios como de avituallamiento, transportes, municionamiento y transmisiones, han sufrido y siguen sufriendo las consecuencias de la falta de organización que el ejército regular y el auxiliar viene ofreciendo desde el primer instante.

Han faltado aquellas directivas primordiales que hubieran podido aprovechar los esqueletos de las unidades sanitarias, de intendencia, municionamiento y transmisiones, para sobre ellas montar en las debidas condiciones, el eficaz funcionamiento de los servicios de referencia.

Lejos de obrar así, se ha confiado el cumplimiento y desarrollo de tales servicios, en su casi totalidad, a la iniciativa particular de cada columna o columnita; y, como

consecuencia de ello, el desbarajuste dominante nos ha hecho presenciar espectáculos dolorosos en las evacuaciones de las bajas, en los suministros de víveres, municiones, vestuario y transmisiones, que hubieran podido ser fácilmente evitados, ahorrando a los combatientes, miseria y agobios por falta o escasez de municiones, o por el quebrantamiento del secreto en las transmisiones.

Pero cuando el desorden en estos servicios ha llegado a su culminación ha sido al producirse el asedio de Madrid y como secuela suya el gobierno y todos los elementos rectores salieron de esta plaza.

De una manera súbita e inexplicable los directores o jefes de estos servicios, abandonaron o dejaron su misión, llevando consigo la casi totalidad de los medios a su alcance, sin cuidarse ni de crear el órgano que debía de reemplazarles, ni de arbitrar los medios para que esos vitales servicios no quedaran paralizados.

Consecuencia de la sensible y lamentable situación creada por los motivos antes expuestos, han sido los espectáculos observados en estos días de peligro, en los que se hallaban en las estaciones de Villacañas a Albacete y Cartagena, unos 1.500 vagones de víveres diversos, que en el transcurso de los días se estaban deteriorando, interin en Madrid se carecía de la mayor parte de ellos.

Si amargamente lamentable es lo ocurrido con los víveres, no lo es en menor grado lo que viene ocurriendo con los envíos del material de guerra, en relación con el cual se observan anomalías verdaderamente asombrosas, tales como extravíos de baterías del 10<sup>o</sup>5, de vagones de municiones, cambios de destino, remesas de piezas incompletas y cambiadas etc. etc. en una palabra hechos de una gravedad y extrañeza tal que, a más de dar idea del máximo desbarajuste en estos servicios, hace pensar, quizá no muy descarnadamente, en una deliberada trama de obstáculos y rémoras encaminados a un fin sabotador, altamente peligroso para la marcha de las operaciones en nuestros frentes.

Estas anomalías acusan palpablemente la desorganización que reina en los servicios de transporte, no obstante contar con abundante material de camiones y coches, los cuales, justo es decirlo, para salvar responsabilidades y negligencias, son

indebida e innecesariamente retenidos en las columnas, milicias y servicios de retaguardia o misiones personales, con perjuicio de los intereses generales de la guerra.

Si desde el principio de las operaciones se hubiera evitado el que las columnas llevaran detrás de sí interminables masas de camiones y medios de transporte, que les incitaban y facilitaban las precipitadas retiradas, es posible que no se hubiesen producido muchos hechos que tanto se han lamentado.

La creación de los comisarios políticos en el Ejército, cuya necesidad hemos venido pregonando desde el advenimiento del régimen republicano, constituye indiscutiblemente un acierto, y señala un avance imponderable para lograr la democratización de las instituciones armadas y su hermanamiento con el pueblo.

Grande y de trascendencia inmensa es el papel que a estos funcionarios les está encomendado, y vitalísima es su función controladora de los mandos y necesidades de las fuerzas del pueblo; y si la experiencia y la historia nos hubieran servido para algo, ha mucho tiempo que se hubiera dado este paso, que posiblemente, seguramente, hubiera evitado al llegar a la situación trágica porque estamos atravesando.

Si las enseñanzas de las revoluciones francesa y rusa, nos hubieran servido de ejemplos aleccionadores hubiéramos reconocido la imprescindible necesidad que había de organizar el comisariado, por ser el único y posible modo de luchar el pueblo, cuando no puede éste contar con la firme y segura lealtad de sus institutos armados.

Ahora bien, ya tenemos, aunque tardío, el órgano preciso para tal función; pero veamos si aquel responde apropiadamente a la elevada misión que se le ha confiado.

Si examinamos, aunque sólo sea someramente, la actuación del órgano que nos ocupa, tendremos que reconocer, en justicia estricta, que el funcionamiento es muy deficiente en unos casos, nulo en otros, y altamente plausible en otros varios.

Nacen estas deficiencias de la manera de elección empleada para el nombramiento de tales funcionarios, pues en muchos casos, lejos de atender a las supremas conveniencias del interés público, se ha dado preferencia a las personales y, como

consecuencia de ello, el nombramiento ha recaído en personas; unas, con voluntad insuperable, pero faltas de capacidad eficiente para el difícil cargo; y otras, por el contrario, carentes de voluntad o incapaces de sobrellevar los sacrificios que la dura misión reclama.

El comisariado, para que su actuación responda a la vitalísima función que le está encomendada, debe tener presente que su vida debe desenvolverse en continuo desvelo, al lado del mando y al frente de las fuerzas o servicios cuya guía y custodia le está entregada.

El que se sienta incapaz de esta imperiosa abnegación por el bienestar y el triunfo de la causa que defiende, que abandone el cargo y deje paso franco a quienes se sientan con alientos para tan dura, pero excelsa función.

El ser comisario consiste en algo más que en pasearse orondamente en coche, y comparecer alguna vez que otra por los cuarteles o campamentos, cuya vigilancia y fiscalización corre a su cargo.

Hay unos principios axiomáticos sobre los cuales descansa el triunfo en toda contienda bélica. Principios tan antiguos como la humanidad y tan evidentes e irrefutables como la verdad misma.

Esos principios, tan generales y comunes, son en primer lugar la disciplina, tanto más férrea cuanto más dura sea la lucha, pues de aquella se deriva la potencia combativa de unas fuerzas, hasta el punto, de que sin ella el Ejército queda convertido en una manada de individuos completamente negativos, bajo el punto de vista bélico. En segundo lugar está la unidad de dirección y de acción (unidad de mando), que coordina los esfuerzos de todas las tropas en lucha y evita las actuaciones parciales y aisladas que tan funestas son siempre para el Ejército que las emplea.

La experiencia dolorosa de cuatro meses de pelea ha debido aleccionarnos sobre los nefastos resultados que nos está produciendo la anárquica actuación de tantas columnas y columnitas, como en el ámbito de la nación luchan, sin nexo ninguno entre

sí, en el tiempo y en el espacio, y sólo atentas a los caprichos o ambiciones de tantos y tantos presuntos napoleones como nos han surgido.

Si, pues, la convicción de este mal es general, y si la opinión pública en su casi totalidad, incluida la prensa, está pidiendo, para evitación de tan trágicos errores, que se unifiquen la dirección y acción, reuniendo en una sola mano, dura y eficiente, el mando de las fuerzas combatientes. ¿Por qué no llegar a tan inaplazable e imperioso anhelo?

No hay ni puede haber temor ninguno a levantamientos caudillísticos ni cesarismos, si el comisariado y los comités de control funcionan con la libertad de acción precisos cerca del Ejército del pueblo.

Verdad tan inconcusa es ésta que debe hacer deponer su oposición personal, si la hay, a todos aquellos que abriguen temor sobre los peligros a que antes se hace referencia.

Ha existido y existe otro hecho gravísimo del cual han dimanado no pocos males y peligros y sobre el cual se han cimentado cuantos errores y desaciertos llevamos enumerados, tales como la desorganización de tropas de servicios, de mandos y de operaciones.

Consiste tal hecho en la falta, la ausencia, de una plena autoridad, notada desde el primer momento, que con flexibilidad, pero con energía y constancia indomables, hubiera impuesto la responsabilidad a todos los mandos, llegando, en la exigencia del cumplimiento de las órdenes circuladas, hasta los extremos que la ejemplaridad y las circunstancias exigieran. Si esta condición se hubiera impuesto, es seguro que no se hubieran producido muchos males de que hoy nos lamentamos.

Y por último, ha habido y hay otra fuente abundante de profundos y graves trastornos, cuyo peligro hemos repetidamente apuntado, consistente en la dualidad, trialidad o cuatrilidad, de altos cuarteles y mandos, que han convertido, posible y casi seguramente, las cuestiones públicas y de interés general, en luchas personalistas, a las que, por desgracia, inclinan muchas veces las pasiones humanas.

Este peligro, cuya existencia y gravedad sin duda será conocido por la superioridad, pide, por su misma característica, un urgente y tajante remedio.

## **VI. LA DEPURACION POLITICA Y LOS COMITES DE INFORMACION Y CONTROL**

Como medio de llevar a cabo la necesaria e imprescindible depuración política en los cuerpos y centros militares, se han creado estos comités, que son los brazos de que se vale este gabinete para poder cumplir su ardua y vital misión.

La misma composición de esos comités, integrados por soldados, cabos, sargentos, brigadas, oficiales, músicos y cuerpo auxiliar, hace imposible toda pasión y da las mayores posibilidades de acierto en sus resoluciones, y si no es una obra perfecta, porque nada es perfecto en la vida, por lo menos reúne las mayores garantías de perfección, en lo humanamente posible.

La obra intensa y altamente beneficiosa para el régimen, llevada a cabo por estos comités, me enorgullece por la parte que en ella he tomado, y aún cuando sus detractores y enemigos, y por lo tanto de la república, han querido desacreditarla, achacando a los comités pasiones y actuaciones personales e interesadas, es lo cierto, indiscutible, innegable y comprobable, que sus juicios han sido tan certeros, que en cuantos casos aquellos han variado su primera clasificación sobre las personas, por los avales y consideraciones que sobre ellos se han acumulado, las deslealtades, traiciones y actuaciones posteriores de esos clasificados como "desafectos", y variados en su clasificación, han venido después a comprobar, hasta la saciedad, lo acertados que los comités estuvieron en sus primeros juicios y controles.

No obstante, como pese a esta obra depuradora, se ha tratado por todos los medios de burlarla, y a espaldas del control se ha colocado mucho personal indeseable, los beneficios que con ella pudieron obtenerse se han en parte anillado, y en contra del régimen se han producido perjuicios que hubieran podido ser ahorrados.

Como consecuencia de esa obra, que pudiéramos calificar de solapada, y permítasenos la palabra, han continuado en sus puestos de mando o burocráticos, o han sido en ellos nuevamente emplazados, muchos jefes, oficiales y personal de

indiscutible y probada enemiga al Régimen, en unos casos, y de una carencia de ideal en otros.

Los efectos perniciosos que de esto se han derivado, están en el ánimo y conocimiento de todos, su obra funesta y nefasta de sabotaje se ha dejado sentir en todos los órdenes y terrenos, especialmente en estos días aciagos para la república. Sólo por efecto de esa obra, pueden hallar explicación razonable una multitud de anomalías asombrosas y extraordinarias, que antes y después del asedio de Madrid se vienen observando, tales como retiradas, trastornos en las transmisiones de órdenes y remesas de víveres y material de guerra, de las cuales, como de otras muchas cosas, será oportuno ocuparse cuando se pueda enjuiciar libremente la defensa de esta capital.

Todo esto muestra hasta la saciedad, y con plena evidencia, que es un error el creer que pueden ser utilizados, en servicio del régimen, aquellos que no sienten en el fondo de su alma la emoción del momento histórico porque nuestra nación atraviesa, y prueba de ello la tenemos en las múltiples deserciones de jefes y oficiales habidas en estos días.

Al pueblo que pugna por su mejoramiento, sólo se le puede servir con absoluta y plena voluntad y abnegación, que es la potencia que hace milagros, y si esas cualidades no existen, no hay competencias ni monsergas que puedan sustituirlas.

Quienes así no lo entiendan y lo sientan, pueden acarrear con sus resoluciones males y perjuicios sin cuenta a nuestra obra redentora y salvadora de las libertades públicas, y deben afrontar las responsabilidades históricas que por su actuación les incumban.

Madrid 25 de noviembre de 1936

Eleuterio Díaz Tendero - Gabinete de Información y Control

(Escaneado y reconocido a partir de copias del original)